

GRAN BRETAÑA

curioso, estudiando aquella historia, ver la identidad de sistemas del Protector con los que luego serían las del Führer y el Ducé, salvando, naturalmente, las diferencias propias del tiempo. Por otra parte, Gran Bretaña no se ha abstenido nunca de emplear el fascismo exterior (el imperialismo, y no ya en Ultramar, sino en Irlanda) como para ser enteramente ajena a esos métodos. Se ha hablado ya en esta revista, y en otros lugares, de lo que son las nuevas organizaciones, como la Civil Assistance, del General Walker, o la GB 75 (Gran Bretaña en 1975, el año que viene), del Coronel Stirling. Pueden no ser más que anécdotas en la historia, como lo fue la organización de Sir Oswald Mosley, pero sus programas prenden en mucha gente. Levantan un fuerte movimiento nacionalista contra las amenazas de secesión de Gales, Ulster y Escocia; definen el poder sindical como una vía para el comunismo; insisten en que lo que defienden es la democracia, que se ha perdido por la acción sindical; pretenden que las costumbres se han deteriorado hasta la corrupción que presidió los últimos tiempos de la caída del imperio romano (y su descripción, el «Decline and fall» de Gibson, es un clásico que los ingleses cultos se saben de memoria), y creen que la revolución roja está a la vuelta de la esquina. Es preciso insistir en que un gran número de británicos creen firmemente estas ideas, y lo que les pueda separar ahora de esas asociaciones es su relativo pintoresquismo. El fascismo posible viene de otras fuentes, más intranquilizadoras, para las cuales estas organizaciones de extrema derecha no son más que un prólogo. Viene del propio partido conservador, que tiene un ala derecha que les impulsa hacia delante en el mismo sentido que los sindicatos impulsan al partido laborista. Algunos ven en Enoch Powell ese futuro protector o dirigente fascista: Enoch Powell se separó del partido conservador por considerarlo demasiado blando, y se ha presentado a estas elecciones por el partido unionista del Ulster. Enoch Powell se ha distinguido por su racismo —contra los «británicos de color», los ciudadanos de la Commonwealth—, por su odio al extranjero —los trabajadores inmigrados—, su aislacionismo —negativa al Mercado Común— y su visión económica favorable al gran capital y a la burguesía media contra la «opresión sindical». Aun dentro del partido conservador del que se separó, Powell cuenta con un elevado número de simpatizantes, que ven en él a una especie de Churchill, que supo saltarse por encima todas las reglas de la democracia cuando «convino al país» (y la celebración del aniversario de Churchill se ha utilizado en muchos casos para ensalzar el «poder de un hombre solo» y la «estirpe de los salvadores»), y cuenta con el favor de la clase media, muy extensa en Gran Bretaña: la clase media, que se siente aplastada entre el gran capital (sus precios) y la clase obrera (sus huelgas). No olvidemos que de las clases medias y de su vocación por la ley y el orden han salido los más crueles fascismos europeos. Dentro del mismo partido conservador está George Rippon, ex ministro conservador, miembro destacado del partido, que proclama la cruzada por «la libertad, la ley y el orden» (la libertad se refiere siempre, en estos casos, a la acusación de totalitarismo, o de comunismo, de la izquierda y de los sindicatos), que indica que «el enemigo» «espera destruir nuestra sociedad libre, buscan zapar, y luego destrozar, el espíritu de servicio voluntario, el espíritu de independencia, el espíritu de iniciativa», y que asegura que «un gobierno conservador debe suministrar un número adecuado de reservistas (civiles, dispuestos a ayudar al ejército en un caso de necesidad contra el «enemigo interior»), reformar los Territoriales (milicia civil) y la policía, y crear un cuerpo de reserva de ciudadanos voluntarios para la defensa interior y para efectuar tareas en relación con los poderes civiles», aunque añade después que todo esto debe ser realizado «por medio del Parlamento» (naturalmente, por un Parlamento dominado por una mayoría del mismo pensamiento).

SI N llegar a esos extremos, el partido conservador hubiera realizado una política autoritaria si hubiese ganado las elecciones y se hubiese enfrentado con el desafío sindical. Las ha perdido, y en la oposición no le queda más recurso que radicalizar aún más esa posición. Va a presentar los cinco años malos venideros como un fruto del socialismo, como una caída de la democracia. Y todo dependerá de lo que vaya sucediendo.

UN gobierno fascista al estilo de los que hemos conocido en Europa, con asesinatos y genocidios, con amplios campos de concentración, no parece posible en Gran Bretaña, y parece extremadamente difícil en otros países, aun en los apasionados del Sur, que cultivan con ferocidad sus viejos recuerdos y practican la bomba y la metralla con facilidad, como en Italia. No es la tónica del momento. Pero un gobierno de extrema derecha, autoritario, retractor de las libertades públicas y de los instrumentos parlamentarios (maquillados, disfrazados), una colaboración del ejército —que en Gran Bretaña es fuertemente conservador, porque es todavía imperial—, flagelador de las costumbres, e incluso capaz de alguna medida de violencia, no está desestimado para el futuro británico.

ESTÁ realmente ese futuro en manos de mister Wilson, o los acontecimientos le exceden ya y va cabalgando detrás de ellos, siempre con retraso? Habrá que verlo en los meses muy inmediatos. No tiene tiempo para más.

Los CoNteM poRa nEoS

"Esta mañana me he encontrado viejo por primera vez", dijo el pobre amigo. Le miré más atentamente, y, en efecto, había "dado el viejazo", como dicen en México; está uno durante años conteniendo al terrible viejo de dentro, y un día, una noche, nos coge descuidados y se apodera de nosotros. Sale a la superficie. El viejo de mi amigo estaba todavía sin hacer del todo, un poco crudo. Era apenas una sombra verdosa que se transparentaba bajo la piel del joven, una oscuridad en torno a los ojos, menos brillantes que el día anterior; una forma especial de caerle la ropa sobre el cuerpo. "¡Todavía estás a tiempo! ¡Vuelve atrás!", le dije sin pensarlo. Una tontería. Esas cosas sólo se les ocurren a los poetas, gloriosos por su irrealidad tontona —"O, temps, suspends ton vol"— y a los políticos de la derecha. (¡Cuántos "jóvenes escritores" políticos de otros tiempos han dado el viejazo en estos días! ¡Qué mal se resignan, los pobres compañeros, cómo el viejo interior se les vuelve energuménico y amenazador, porque tratan de acogerlo y no dejarle salir fuera a vivir la vida serena que le corresponde!)

"No hay vuelta atrás —sonrió el amigo—, porque el tiempo no es una elipsis ni una espiral, como cree Priestley o como creía Priestley cuando era joven. El tiempo no es 'una abstracción en la mente de Dios', ni una ecuación de Einstein. No valen paradojas, ni imágenes literarias, ni juegos teatrales. Es todo mucho más sencillo. El tiempo es uno mismo y su vejez. Uno, a solas con su vejez.

"El problema —prosiguió— está en convivir con el Viejo. No hay que tratar de ahogarlo. Hay quien se droga para matar al Viejo. No quiero decir tomar, fumar o aspirar nada, sino

simplemente que el cuerpo produzca sus propias anfetaminas. Entonces se te levantan delante unas imágenes exteriores; comienzas a imaginarte que el mundo no es el que es, sino el que era antes. Es una trampa. No sirves ya para la vida. La única manera de conciliarte con la vida es

saber que eres viejo y que el mundo es otro. 'Ancho y ajeno', como decía Ciro Alegria. Sobre todo, ajeno".

"Pero el mundo envejece contigo, y te acompaña...". "Sí, pero sólo si lo aceptas y no te drogas. Sólo aceptando tu propio Viejo puedes llegar a no perder la plasticidad. La vejez negativa consiste en eso: en la pérdida de la plasticidad. En una especie de rigidez mental, en una esclerosis de las facultades de adaptación. En una ira profunda cuando ves que ha llegado la época de los otros, el momento de los otros, los amores de los otros...".

"Y ¿todo esto lo has aprendido en un día, desde que has descubierto esta mañana, en el espejo, la sombra azul de la vejez?". "No. Llevo demasiado tiempo aprendiéndolo en los demás como para no ser capaz de aplicármelo instantáneamente a mí mismo. Ahora es un buen momento para observar, un buen país para aprender. Mira cuántos Peter Panes en torno tuyo. ¿Te acuerdas del Peter Pan de J. M. Barrie? ¡El niño que no quería crecer! Y se quedó para siempre sin Wendy, su compañera; que creció, creció... Y un día se casó con otro, mientras él seguía jugando a piratas... Lee los periódicos: en cada uno encontrarás dos, tres peterpanes, empujados en no crecer, y en que el tiempo de su juventud se quede fijo, inmóvil...".

¡Pobre amigo! Demasiada literatura, demasiados periódicos, demasiados espejos...

POZUELO